

ALFONSO REYES

AMERICANO UNIVERSAL

Así le llamó Federico de Onís: "americano europeo y universal". No tanto por esta frase de Onís, sino por la vasta incursión helénica, y por abrir ventanas y sondeos al mundo, cierto suburbio de la inconformidad ha reprochado a Reyes "falta de mexicanismo".

¿Falta de mexicanismo en este Virgilio de las imágenes mexicanas, en este guía maravilloso de nuestra literatura? Precisamente por mexicano es universal don Alfonso, y no limitado de ventanas adentro, como bien lo quisieran los médicos de aldea.

Cualquier tentativa hacia definiciones mexicanas, cualquier experiencia auténtica que roce de cerca los elementos constitutivos de lo mexicano, de treinta años a la fecha, ha buscado la palabra orientadora y sabia de Alfonso Reyes, y éste la ha dado en una forma tan copiosa que "parece una fuente con muchos caños; corre incesantemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija". (Así ponderaba Goethe la sabiduría generosa de Humboldt). El folklore, la leyenda y la poesía indígenas en cualquiera de sus manifestaciones; los soterraños brotes de la imaginación popular así como los elementos "otónicos" de la raza han encontrado la introducción oportuna, la glosa desinteresada o el pórtico elegante en Alfonso Reyes, gran devoto de los ombligos de su pueblo.

Abrid, por otra parte, cualquier página suya: aquella sobre Góngora, que tanto ameritan los discípulos de Foulché-Delbosc; esta sobre Parrasio, sobrecogida de entendimiento mediterráneo: al enfocar actitudes clásicas, lo hace con sensibilidad de mexicano. El texto se humedece de emoción mexicana, y es un mexicano el que estudia los mitos y filosofías del mundo, con sus ojos de valle, de

altiplano y de cetrería, esos que miran a la Grecia impecune desde su casa, tiñendo las ideas de una misteriosa fidelidad a su posición de americano legítimo.

"Alfonso Reyes se llama este bienhechor", decía Gabriela Mistral admirando no la obra escrita, sino el desprendimiento del escritor para ayudar a escribir, a construir conceptos. Es cierto. Sobre la trama de los hechos visibles existe casi siempre la invisible, delicada hebra de Alfonso Reyes: muchas iniciativas, textos, pensares y hasta esgrimas diplomáticas han tenido éxito y lugar obedeciendo indicaciones suyas, ese pormenor del consejo, enriquecido con la experiencia que sólo adquieren los hombres acostumbrados al trato de los linajes y al examen de los estilos humanos.

Por eso adquiere tanta vigencia la definición que del primer escritor hispanoamericano dijo Miguel de Unamuno en casa de Jean Cassou: "La inteligencia de Alfonso Reyes es una parte de su bondad". Los que conocen al cascarrabias de don Miguel apreciarán mejor la dimensión del elogio.

¡Cuántas meditaciones, cuánto pensamiento ha escrito don Alfonso sobre México y sus problemas! El ha dicho —y es una cita de momento, sin apego a la letra— que la reserva, el freno, la desconfianza, la necesidad constante de la duda y la comprobación, hacen de los mexicanos algo como unos discípulos espontáneos del Discurso del Método, unos cartesianos nativos, y los disponen para cuando llegue el día del bienestar y del consiguiente despliegue de facultades hoy inhibidas, a ser un pueblo científico por excelencia.

Nació el ilustre escritor, abogado y diplomático en la ciudad de Monterrey el 17 de mayo de 1889. Es hijo del general Bernardo Reyes —gobernador del Estado en aquella época— y de doña Aurelia Ochoa de Reyes, ambos de Jalisco. Don Bernardo fué aquel ciudadano ejemplar que tanta simpatía despertó a su paso, el que cayó en una de las esquinas del Palacio Nacional víctima de los sucesos políticos. Guapo varón, que aparece en viejas iconografías

al lado de doña Aurelia y se admira al momento, por encarnar en su rostro la verdadera aristocracia, aquella que es capaz de transmitir "la buena sangre nutricia".

Se suele olvidar que uno de sus antepasados —el tío abuelo de toda genealogía— "arrancó" de León, Nicaragua, de donde era precisamente Rubén Darío, y llegó a México trayendo el apellido, casándose y peleando en favor del país durante las interminables guerras de entonces. El padre de don Alfonso, como el del niño de Weimar, fue un literato en potencia en que tenía sus fuentes abiertas y cotejaba los textos con sensibilidad de iniciado. El potencial humanístico, detenido por azares militares, se vació por entero en el vástago, hoy frondosidad.

A los 61 cumplidos, con su corazón de reloj atrasado, pero dueño de un hermoso vigor mental, don Alfonso se nos presenta con su cara de leñador provenzal, tocado con una boina vasca y metido en un saco color rata. Lo veo arriba, perdido entre sus libros, chaparro y gordito, con su papada bondadosa y sus ojos de lince, perdido en una cordillera de sabiduría. Una mano atenta me indica como en el cuadro del Greco: *Por aquí por aquí...* Luego se pone a hablar y la plática es larga, sabrosa, llena de referencias ilustres. Lo recuerdo muy bien. Don Alfonso se encontraba, como siempre, enfermo del corazón. (Va con frecuencia al Instituto de Cardiología, donde el doctor Ignacio Chávez lo atiende personalmente y le pone en el brazo izquierdo la inductotermia). La enfermedad es delicada y molesta. ("Una enfermedad urbana", dice con cierta amargura). Con todo, sabe aprovechar el estado y corre por la prosa con la intensidad de un maratón. Se acuesta poco antes de las once y despierta a las dos de la mañana. En su biblioteca hay luz encendida a esa hora, y es que el dueño trabaja. ¿Cómo se verá el maestro allá arriba, entre sus papeles, escribiendo mientras los gallos del Cid vienen a "crebar albos"? ¿Por qué no lo habrán retratado, sin que él se dé cuenta?

Se vuelve a acostar a las cuatro. Duerme hasta las siete y media, desayuna y a las ocho y media vuelve al trabajo... ¿Y el corazón? Don Alfonso sabe que hay que vencerlo, y no le da tregua. De esa labor van saliendo nuevos libros, nuevas ideas... siempre existen libros suyos en la imprenta, está por salir el último volumen cuando apenas comenzamos a glosar el penúltimo. Y declara: "Tres escribientes me copian las cosas a toda máquina, a pesar de que estoy en agonía". Esa acuciosidad incesante, como temiendo asaltos del destino, lo ha acompañado siempre. A los veinte años —como quien dice, en pleno estreno de pantalones largos— escribía: "Voy de prisa. La noche me aguarda y está inquieta".

Lo asombroso, y al mismo tiempo lo natural en una persona como él, es que esta prontitud, este ir raudo y sin descanso por la cultura, no establece divorcio ni con la gravedad de su temática ni con la hondura de sus observaciones históricas. Su prosa tiene la seguridad, la firmeza y el sello de los grandes conocedores de la sabiduría especulativa. Pero quizá la austeridad de sus formas y el gran espacio de la erudición nos llevan a prefigurar un escritor sedente. Así, en un *Recreo sobre el Estilo* que tuvo cierta fortuna, escribí una vez: "...don Alfonso Reyes no puede escribir si no es sobre un escritorio, con gran silencio y recato del ambiente". El maestro, celoso de su actividad, me envió una carta en la que decía: "...permítame una información: no necesito aislamiento ni soledad para escribir. Mis amigos saben que desde joven me acostumbré a hacerlo sobre las rodillas en los bancos de la Preparatoria. Lo hago en el auto, en el tranvía, lo hice a caballo. He sido periodista muchos años en Madrid, no lo olvide. Tampoco me gusta aislarme de mi gente, y muchas veces estoy escribiendo entre la charla familiar. Ya me ha sucedido el caso napoleónico de dictar varias cosas a un tiempo, en los congresos internacionales, etc. El que ahora tenga yo un rincón de soledad, tampoco me aísla de mis constantes obligaciones en la calle y en mil lugares. Y le aseguro que cuando

no escribo con la pluma, ando componiendo de memoria". (*Carta del 6 de septiembre de 1948*).

Inteligencia en movimiento perpetuo, como los astros: este es el origen de la extraordinaria vigencia de Alfonso Reyes. En los jardines de la mente se le ve elaborando la propia miel, como Montaigne y Francisco de Sales. Vuela, recoge y transforma. Y este es el origen de su vino.

Alfredo CARDONA PEÑA

La República. México,

1^o de junio de 1950.

ALFONSO REYES

Alfonso Reyes traslada su penetrativa del mundo clásico español al mundo helénico. En el mundo español nos ha hecho comprender —y amar— a un Góngora, un Gracián, un Ruiz de Alarcón, un arcipreste de Hita, humanos conversables, coetáneos nuestros. En su nuevo libro, limpiamente impreso, Alfonso Reyes nos habla de diversos asuntos de la Grecia clásica. ("Junta de sombras; estudios helénicos". Méjico, edición del Colegio Nacional, 1949). Grecia, geográficamente, psicológicamente, aparece ante nuestros ojos. Nos pone patente Alfonso Reyes el prodigio de Grecia. No sé quién ha dicho —desde luego un historiador— que la Historia es "el suelo y el cielo": el suelo que sustenta y moldea tales o cuales hombres y el cielo que los cobija e inspira. El libro de Alfonso Reyes está dominado por la figura de Homero: el poeta atrae a los poetas, a un Chenier, a un Lamartine. Diríase que la realidad se resiste a ser realidad; se obstina en ser leyenda. Nuestro Castelar, en su admirable retrato de Helena, al comenzar a hablar de Homero, dice: "Persona o personificación..." Personificación, desde luego; pero nuestra necesidad —ansia mejor— de personalizar la poesía, se queda con la persona de Homero. Soy de un país en que el paisaje, con sus montañas, con sus valles, con el aire, con el cielo, remembra a Grecia. Los hombres son reportados en el habla y agudos en el juicio. Se vive al aire libre y se come con sobriedad. El Mediterráneo, en la viva luz, nos envía sus reverberaciones. La guerra de Troya es un trivio, una encrucijada, en el pensamiento helénico. Castelar escribe, al hablar de los orígenes de la guerra, con referencia al rapto de Helena: "Y viniendo al rapto, no podía menos de traer la catástrofe. Nos hallamos en tiempos de verdadera transición, entre la edad griega que podríamos llamar divina y la edad griega que podríamos llamar heroica. El cuadro de la ninfa Tetis casándose, mal de su grado, con el héroe Peleo, nos pinta con vivos colores todo este descenso de los inmortales a los mortales, o, si queréis, todo este ascenso de los mortales a los

inmortales. Pues Helena es hija, por su parte, de un dios y de una mujer”.

Alfonso Reyes aplica su lente —a la par que estudia el espíritu— a lo concreto en la casa, en la vida. Observa, por ejemplo, el comedor en la casa de Ulises. La guerra de Troya ha terminado: diez años se ha estado peleando. No comprendemos bien —siguiendo a Homero— esta guerra. He leído en alguna parte, no recuerdo dónde, la crítica que un gran estratega hacía de la guerra de Troya; los reparos de Napoleón eran chuscos y exactos. Los griegos, en Troya, se conducen como niños; el episodio del gigantesco caballo —hinchado de milites— es pueril: tan candorosos son los invasores como los invadidos. Terminada la guerra, Ulises se encamina a su casa, en Itaca. Le espera su mujer, Penélope. Tarda otros diez años en llegar. En este momento —mejor que antes— es cuando Ulises se nos descubre. El juicio universal oscila, en la calificación de Ulises, entre el dictado de “prudente” y el dictado de “pérfido”. En su casa Penélope es asediada por los pretendientes a su mano y al trono. No está ya Penélope en la primera juventud; si casó a los veinte años, tendrá ahora cuarenta. Los pretendientes han invadido la casa y la alborotan con sus holgorios y comilonas; saquean la despensa. Suman nada menos que ciento ocho. Alfonso Reyes, con su lente, sonriendo, nos demuestra que en el comedor del palacio no es posible que yanten sino unos cincuenta comensales. Toda leyenda tiene sus demasías; la leyenda acentúa los rasgos de la historia; el buen retratista —pictórico o literario— realza las peculiaridades del retratado. (En el “Poema del Cid”, tres semanas espera Rodrigo, sitiado en Alcocer por tres mil moros, antes de decidirse a dar órdenes). Muchos, innumerables, son los amadores de Penélope. Por la noche Penélope desteje la tela que teje por el día: cuando acabe su labor, concederá su mano a uno de los aspirantes. Ulises no acaba de llegar. De los diez años que, acabada la guerra, está ausente, siete ha permanecido con Calipso, uno con Circe; están dos años de divagación por el Mediterráneo, en navegación de cabotaje, por las costas de Asia, por las de Africa, por las de Grecia,

por las de Italia, por las de España. Ulises pierde el tiempo; da tiempo al tiempo; se abandona; se olvida de todo; se entrega al dulce no hacer nada. Es, en suma, el Triplepatte, de Tristán Bernard.

(Se oyen los gritos indignados de otro poeta, fray Luis de León: he cometido una irreverencia. “Ulises, de los griegos luz divina”, escribe fray Luis. Creo que exagera; el otro fray Luis se contenta con llamar a Ulises “heroico”).

AZORIN.

A.B.C., Madrid,

No. 13849 del 22 de Julio de 1950.